

OSWALD WYND
El árbol del jengibre

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2021

1

Barco de vapor *Mooldera*, cerca de Adén
9 de enero de 1903

Ayer, día de mi cumpleaños, me mareé, y eso que no me había mareado ni al cruzar el golfo de Vizcaya ni tampoco durante la tormenta que nos azotó frente a las costas de Malta. Es ridículo haberse mareado en un mar tan pequeño como el mar Rojo, pero cuando subí a cubierta al amanecer para huir de los lamentos de la señora Carswell, el segundo oficial dijo que si me había mareado era debido al mar de fondo procedente de Somalia. Me contó que muchas personas capaces de soportar toda clase de vaivenes y bandazos durante una tormenta se marean cuando hay mar de fondo. Es un hombre bastante agradable, aunque debe de tener por lo menos treinta años. Tiene las manos muy grandes. Demasiado grandes. No le conté a nadie que ayer era mi cumpleaños, ni siquiera a la señora Carswell. Ella también estaba mareada, mucho más que yo.

El mar de fondo es como una sucesión de pequeñas colinas en movimiento, bajas y grises. Cuando ascendemos de costado por una de ellas, se pueden ver otras que se acercan desde el horizonte. El cielo también es de color gris y ni siquiera parece capaz de teñirse de rojo al atardecer. Estoy de vuelta en mi camarote escribiendo estas líneas, tendida en mi litera. La se-

ñora Carswell sigue lamentándose en la litera de abajo. Jamás hubiera imaginado que algo pudiera crujir tanto como este barco. Aquí dentro hace un calor sofocante. Han levantado las cubiertas exteriores de latón de los ojos de buey para que corra un poco de aire, pero no hay ni un soplo de brisa, ni siquiera debido al movimiento del barco.

He decido en este mismo instante que no le enviaré a mamá este cuaderno, pese a habérselo prometido. Desde Port Said me he dado cuenta de que cada vez me apetece más escribir cosas que ella no debe leer jamás. He oído decir que las personas cambian al este de Suez, y tal vez sea eso lo que me ha ocurrido. Anteayer, cuando empecé a encontrarme mal, me apetecía comer curri, aunque yo siempre he detestado el curri. Me asusta pensar que un viaje en barco pueda cambiar a las personas.

Aunque, en realidad, no le ocurre a todo el mundo. La mayoría de los pasajeros son demasiado viejos para cambiar. Nada puede cambiar a la señora Carswell, desde luego. Ya sé que debo viajar con una carabina, pero ojalá no fuera la señora Carswell y ojalá no tuviéramos que compartir camarote.

Me quité el corsé nuevo hace dos días. Ahora ya sé que jamás podré enviarle estas páginas a mamá. La señora Carswell aún no lo ha descubierto, ya que nos vestimos y desvestimos –al menos casi siempre– tras las cortinas de las literas. No me sentía capaz de ponerme ese corsé aquí arriba, con el calor que hace bajo este techo, y por eso me lo quité a la primera ocasión. Luego lo bajé mientras la señora Carswell dormía y lo escondí en mi baúl de viaje, detrás del pequeño sofá del camarote. Por suerte, tengo la cintura estrecha incluso sin llevar corsé, por lo que la señora Carswell aún no se ha dado cuenta. Tendré que andarme con cuidado, pues tiene una mirada muy aguda. Sus ojos son como cuentas de azabache.

Mamá se horrorizaría si leyera todo lo que estoy escribiendo. A lo mejor lo hago porque, en este barco, no tengo a nadie con quien hablar. Todos los pasajeros de primera clase son viejos, excepto los Price, pero la señora Carswell opina que los Price no son apropiados. Dice que son «presuntuosos» y que deberían ir en segunda clase porque el señor Price solo va a ocupar un cargo en la Compañía de Aguas de Singapur. La señora Carswell dice también que, cuando los Price lleguen a Singapur, no tardarán en descubrir cuál es su sitio, pues parece que los trabajadores del Departamento de Obras Públicas no están bien vistos en sociedad. El señor Carswell, que vive en Hong Kong, es abogado, y eso significa que su esposa puede dejar tarjetas de visita en casa del gobernador una vez al año y que luego la esposa del gobernador se las deja a ella. La señora Carswell está en la lista de invitados para tomar el té en casa del gobernador. Asegura que todas esas cosas las aprenderé cuando llegue a Pekín.

Todo el mundo me dio muchos consejos antes de emprender este viaje, pero nadie me advirtió qué debía hacer para no sudar tanto. Si en China hace tanto calor como aquí, ¿me pasará el resto de mi vida empapada? Ya casi he gastado toda mi colonia y solo sirve para refrescarme durante cinco minutos. No puedo preguntarle a la señora Carswell qué ha hecho ella, que lleva años viviendo en países cálidos. Porque algo habrá hecho..., o tal vez no.

Barco de vapor *Mooldera*

11 de enero de 1903

Navegábamos por el océano Índico, cuando el capitán me habló por primera vez. Me disponía a bajar de la cubierta supe-

rior debido a los restos de carbón que expulsaba la chimenea y entonces se me acercó desde el puente. Es un hombre corpulento y peludo, con una barba que no parece cuidar mucho, pues los pelos le salen disparados en todas direcciones. No tiene aspecto de ser muy sociable, así que le di la espalda para que no se sintiera obligado a hablarme, pero él se acercó a la barandilla y me preguntó si ya me encontraba mejor después del mar de fondo. Le respondí que sí y luego añadí que el océano Índico no me entusiasmaba y le pregunté si siempre era tan gris. Me explicó que estábamos atravesando la cola de un monzón y que, por lo general, el mar era de un azul maravilloso. La verdad es que aún no he visto ningún azul maravilloso, ni siquiera en el Mediterráneo, que también era gris, aunque de un gris diferente. Este gris es cálido, tanto que el agua desprende vapor. El capitán dice que, desde donde estamos ahora hasta el hielo de la Antártida, lo único que hay es mar: cuatro mil millas de agua. Él aprendió el oficio en los veleros que seguían la ruta australiana del cereal: solían utilizar los cuarenta rugientes, que pasan un poco al norte del hielo, y en una ocasión había estado a punto de naufragar en una enorme isla hecha de negras montañas de roca, en la que no vive nadie porque siempre la azotan vientos terribles. Mientras hablaba, debió de pensar que me estaba asustando porque, de repente, pronunció con un marcado acento: «No te apures, muchacha, que este barco no naufraga». Aunque se llama Wilson, no me había dado cuenta de que era escocés hasta ese momento, lo cual en cierto modo hizo que me sintiera más segura en este barco.

Después de que el capitán se marchara y antes de que pudiera huir del hollín, que se me estaba quedando pegado al pelo, llegó el segundo oficial y enseguida quiso saber qué me había dicho el capitán. El segundo oficial es de Cardiff, en Gales. Tiene una voz cantarina y no hace más que apoyar las ma-

nos en la barandilla muy cerca de las mías, pero sin tocarlas. Sabe que viajo a China para casarme, porque la señora Carswell se lo dijo en una ocasión en que lo encontró de pie junto a mi tumbona de cubierta, poco después de que saliéramos del canal de Suez. Mientras navegábamos por el Mediterráneo, ni siquiera se dignó a mirarme, pero parece que el calor cambia a las personas.

Anoche bajé sola a cenar porque la señora Carswell solo podía tomar el caldo que le había traído la camarera, aunque estaba sentada en su litera mirándome mientras yo me peinaba. Espero que no haya descubierto lo del corsé. Hubo otras personas que tampoco bajaron al salón, por lo que me quedé prácticamente a solas con el juez de Malaca en un extremo de la larga mesa principal. El juez de Malaca es un hombre bastante mayor, con un estómago prominente, que regresa a su puesto tras un último permiso en casa antes de jubilarse. Solía beber *whisky* durante la cena, pero dejó de hacerlo. Creo que se dio cuenta de que la señora Carswell no lo aprobaba. En mi opinión, un juez no debería preocuparse por lo que piense la señora Carswell. Anoche, el juez se bebió tres vasos de *whisky*, empezando por la sopa. El barco aún se movía bastante y alrededor de las mesas habían levantado esas tablas que llaman *fiddles* para que los platos no nos cayeran sobre el regazo. El juez me ofreció una copa de vino y, naturalmente, la rechacé; pero fue extraño porque, en realidad, me apetecía aceptarla. En una o dos ocasiones vi al capitán observándome desde la cabecera de la mesa. El señor Davies parecía estar haciendo lo mismo con cierta frecuencia desde la suya, bastante más pequeña que la nuestra. Creo que no disfruta con la compañía que tiene durante las comidas: los demás comensales son bastante mayores, incluida una mujer que se viste como una jovencita pero que debe de tener unos cua-

renta años. Por las noches, enseña bastante el busto. La señora Carswell dice que es una fulana, aunque en realidad sea la esposa del cónsul británico en Shantou. El vestido que lucía anoche tenía un corpiño demasiado chillón, bordado al estilo chino. Yo me había puesto el vestido marrón que le gusta a mamá, aunque a mí no. Aun así, es adecuado para este barco. Guardo como oro en paño toda la ropa nueva: casi todos los vestidos, como el de novia, viajan envueltos en tela. Pensé en ponerme el vestido de organza con estampado de lunares, pero decidí que no era buena idea porque la señora Carswell me estaba observando.

Barco de vapor *Mooldera*
Al día siguiente

En la segunda clase se ha producido cierto alboroto. Una mujer estaba en su litera, cuando vio una rata enorme que correteaba por las tuberías, justo encima de su cabeza. En los camarotes de segunda, los tabiques no llegan hasta el techo, por lo que las ratas pueden utilizar las tuberías para desplazarse. Al parecer, la mujer se puso a chillar y chillar, y no consiguieron que se callara hasta que llegó el doctor. La señora Carswell dice que es un milagro que el doctor fuera capaz de hacer algo. Está convencida de que el doctor oculta algo de su pasado, motivo por el cual está en este barco, pero no quiere decirme cuál es, según ella, ese secreto. Ahora tenemos que cerrar la puerta por las noches en lugar de tapanla con la cortina para que corra un poco el aire que entra por el ojo de buey, pues la señora Carswell cree que las ratas pueden llegar hasta la primera clase. Las tuberías pasan también por encima de mi litera, pero van a través de pequeños agujeros

practicados en la pared de hierro, así que creo que estoy a salvo.

Puede que estuviera pensando en la rata y por eso me he dirigido al extremo de la cubierta principal y me he quedado allí largo rato contemplando la segunda clase. Los pasajeros utilizan la cubierta que va de las escotillas a las bodegas y apenas disponen de una pequeña zona resguardada justo al fondo, encima de la hélice. El señor Davies dice que solo tienen una sala. Seguramente la usan para todo: comer, leer, coser, etc. No tienen piano. Nosotros tenemos dos, uno en la sala de fumadores de los caballeros, que, por supuesto, no he visitado, y el otro en el salón, pero es muy pequeño. Justo después del estrecho de Gibraltar intenté tocar una mazurca de Chopin, pero tuve que parar porque a la señora Carswell no le interesa demasiado la música.

Me he sentido un poco avergonzada por estar allí contemplando a los pasajeros de segunda clase. Por lo general, cuando damos nuestro paseo diario por cubierta caminamos más rápido al llegar a esa zona, pero hoy algo me ha impulsado a quedarme a mirar. He visto a una mujer joven con dos niñas pequeñas que siempre llevan pichis limpios, cosa que no debe de ser muy fácil de conseguir en camarotes como los suyos. Me gustaría hablar con ella, pero no es posible, claro. También hay tres sacerdotes católicos que visten sotana negra. El señor Davies dice que son jesuitas. Creo que hasta ahora no había visto a ningún jesuita. Se dedican a caminar en círculos en torno a las escotillas, pronunciando en voz baja las palabras que leen de un libro. No recuerdo haber hablado jamás con ningún católico, al menos que yo sepa. En Escocia hay unos cuantos, pero no en la parte sur de Edimburgo, donde vivimos nosotras. Allí todos somos presbiterianos.

Barco de vapor *Mooldera*

14 de enero de 1903

Mañana llegaremos a Colombo, en Ceilán, que será mi primera escala en el Lejano Oriente. Pocas horas después de nuestra llegada, un barco correo partirá hacia Inglaterra, así que esta será la primera oportunidad, desde el canal de Suez, de enviar una carta. Por este motivo, llevo toda la mañana escribiéndole a mamá. No puedo utilizar la mayoría de las cosas que he escrito en este cuaderno, aunque sí le he contado lo que me dijo el capitán. No he mencionado al señor Davies. Sí le he hablado, en cambio, de los marineros asiáticos que friegan las cubiertas a primera hora de la mañana. Hacen tanto ruido justo encima de mi cabeza que casi siempre me despiertan. No hay mucho más que decir. Le he contado algunas mentirijillas, como que sigo con mis labores, aunque prácticamente no las he tocado; y que todos los días después de desayunar leo el libro de *Pensamientos diarios* que ella me dio. En realidad, dejé de leerlo incluso antes de llegar a Malta. El libro incluye un mensaje para cada día y todos son medio devotos, pero la verdad es que no me interesan mucho. Cuando aún estábamos en el golfo de Vizcaya, la señora Carswell quiso ver qué estaba leyendo y le enseñé el libro, pero me lo devolvió muy rápido y me dijo que ella ya tenía bastante con la Biblia. La verdad es que no la he visto leyendo la Biblia: si tiene una, debe de haberla escondido muy bien, porque a estas alturas del viaje me parece que ya he visto todas sus pertenencias. Suele dejarlas desperdigadas por ahí. Y, en un camarote tan pequeño como este, es toda una prueba. Nunca he compartido habitación con nadie, excepto con Margaret Blair cuando fui a casa de su familia cerca de Aviemore, y lo cierto es que la habitación de Margaret era enorme. No me molestó compartirla, aunque me provocó una sensación extraña.

La señora Carswell suele echarse una siesta después de comer, porque, según ella, es imprescindible en el trópico. Se quita el vestido, se pone una bata y se tumba en la litera. Tener que trepar prácticamente por encima de ella todas las noches para llegar a mi litera ya es bastante malo, así que no pienso hacerlo también durante el día. Además, le gusta comer copiosamente durante lo que ella llama *tiffin*, y el resultado es que después ronca. Sus ronquidos resultan espantosos en el camarote, por lo que me niego a quedarme allí ni un segundo más de lo necesario. Por lo general, me siento en mi tumbona de cubierta y leo *Las aguas de San Ronan*, de sir Walter Scott. Lo he encontrado en la biblioteca del barco, pero no me parece demasiado interesante. Mamá dice que la lectura no es lo mío, porque no me gusta que los libros me instruyan. La mayoría de los libros de la antigua biblioteca de papá eran sermones sobre temas varios, aunque no sobre asuntos religiosos. Los recuerdos que conservo de papá son de cuando yo era muy pequeña, pero sé que a mamá le dolía mucho que él no fuera a la iglesia más de dos veces al año, como mucho. Y jamás para la Sagrada Comunión. Una vez en que mamá se lamentaba porque se había convertido en una viuda solitaria, justo después de que yo le anunciara que me iba a casar con Richard y que viviríamos en China, dijo que el diablo se había metido en papá por culpa de un hombre llamado doctor Huxley. Recuerdo el nombre porque sentí curiosidad por saber quién era el doctor Huxley, pero jamás lo averigüé.

Estaba leyendo en mi tumbona de cubierta, mecida por el vaivén casi imperceptible del barco, cuando me di cuenta de que la luz había cambiado. Durante días, la luz había sido extrañamente gris y el sol había permanecido oculto. De repente, todo parecía más luminoso. Me he acercado a la barandilla: justo delante, el color gris del cielo y el mar terminaba en una

línea. Varias millas más allá he visto el azul del que me había hablado el capitán. Resplandecía tanto que me ha deslumbrado, al parecer porque allí donde terminaban las nubes una leve brisa rizaba las aguas, aunque donde nos hallábamos nosotros el aire estaba en calma y el mar parecía una balsa de aceite. Me he dirigido al extremo de la cubierta y me he quedado allí, sola, mientras los demás pasajeros probablemente se echaban una siesta después de comer. A medida que el barco se iba acercando a aquella luz, pero sin abandonar aún las sombras, de repente he tenido la sensación de que íbamos a pasar de un cuadro a otro. He escuchado entonces una especie de chapoteo en el agua, donde el mar aún era de color gris, y he visto peces enormes que saltaban en el aire y volvían a zambullirse.

–Delfines –ha dicho el señor Davies a mi espalda.

Me he sobresaltado, pues no sabía cuánto tiempo llevaba allí. Debía de haber estado observándome mientras yo contemplaba el mar, lo cual me ha producido una incómoda sensación. Me ha preguntado si me apetecía ir a la proa a ver cómo saltaban los delfines delante del barco. La cubierta inferior la utilizan los pasajeros chinos que viajan en tercera clase, pero aún no ha subido ninguno al barco, por lo que podemos utilizarla. Hemos atravesado escotillas y salas de máquinas y hemos subido por una escalera al castillo de proa, donde se alojan los marineros asiáticos. Del otro lado de una puerta abierta me ha llegado un olor extraño y cálido: no sé qué era, pero no parecía que estuvieran cocinado nada. También me ha llegado el sonido de algo que recordaba a una flauta irlandesa, aunque las notas sonaban mejor: eran más graves y tristes. Tal vez fuera un marinero asiático tocando una canción de su tierra. Me hubiera gustado quedarme en los escalones escuchando, pero el señor Davies me ha cogido del brazo y me ha conducido escaleras arriba.

Los delfines parecían estar esperándonos justo donde empezaba a brillar el sol. El señor Davies me ha contado que les gustan los barcos y también que los pasajeros los miren. Minutos más tarde, no me ha quedado más remedio que creérmelo, pues los delfines han empezado a saltar de un lado a otro delante de la proa del *Mooldera*. Eran mucho más rápidos que nosotros: surgían del agua trazando arcos en forma de luna nueva y luego saltaban aún más alto delante de la trayectoria del barco, a pocos metros de nosotros. Uno de ellos, seguramente el que se acercaba al barco una y otra vez, ha girado de costado en pleno salto y he visto, en su cuerpo reluciente y negro, un ojillo oscuro y centelleante que parecía estar mirándome. Me siento un poco tonta al escribir esto, pero de repente he sentido como si todas las cosas que me inquietan, hasta el punto de que no me atrevo a anotarlas en este cuaderno ni a pensar en ellas excepto en algún rincón profundo de mi mente, ya no me dieran miedo. Aquel delfín parecía estar diciéndome que no debía preocuparme por lo que pudiera ocurrirme en Oriente. La brisa del mar se ha vuelto más impetuosa y casi me han dado ganas de gritar al viento. No lo he hecho, por supuesto, pues el señor Davies me hubiera tomado por loca. Cuando me he vuelto hacia él para preguntarle algo sobre los delfines, me he dado cuenta de que no los estaba mirando a ellos, sino a mí. Ojalá no lo hubiera hecho.

El barco se ha adentrado en la zona iluminada por el sol y, de pronto, ha empezado a hacer mucho calor, pese a la brisa. «Dios bendito del cie...», ha dicho el señor Davies. Lógicamente, es marinero, pero de todos modos me ha sorprendido que exclamara algo así delante de una dama. He mirado hacia donde estaba mirando él. En la parte abierta del puente de mando he visto al capitán –lo he reconocido por las patillas– y me ha parecido que nos estaba observando a través de unos

binoculares. Justo debajo de él, la cubierta de primera clase estaba abarrotada de pasajeros cuya siesta, sin duda, habrían interrumpido los camareros y camareras para que contemplaran los delfines. No he visto a la señora Carswell, pero estoy segura de que le llegará la noticia de que yo estaba en la proa del barco a solas con el señor Davies. Sin embargo, escribo estas líneas en mi litera, a la luz de una lamparita, y la señora Carswell aún no ha comentado nada: puede que el hecho de mantener las distancias con la mayoría de los viajeros impida que le lleguen las noticias.

Barco de vapor *Mooldera*, en alta mar
17 de enero de 1903

La señora Carswell y yo no nos dirigimos la palabra. El juez de Malaca, durante una de sus bromas a la hora de la cena, le contó lo del señor Davies y yo. La señora C. nunca se ríe de las bromas del juez y esta vez pareció más que furiosa. Más tarde, en nuestro camarote, me dijo que yo me había comportado como una mujer «ligera de cascos» y que, al parecer, se me había olvidado que estaba prometida con un caballero de una distinguida familia inglesa. Fui un poco descarada, supongo, y le contesté que sí, que ya sabía que estaba prometida, pero que viajaba para casarme, no para entrar en un convento. Replicó que no sabe qué va a ser de mí cuando ella baje del barco en Hong Kong, pues no hay nadie a bordo que pueda vigilarme hasta que lleguemos a Shanghái. Me enfadé muchísimo. Tengo veinte años recién cumplidos y puedo cuidar de mí misma, así que le propuse que le pidamos al capitán de largas patillas que se ocupe de mí durante el resto del viaje. Por un momento pensé que la señora Carswell me iba a pegar. Si lo hubiera hecho,

yo habría abandonado inmediatamente el camarote y le habría pedido al sobrecargo que me buscara otro sitio para dormir. Puede que la señora Carswell me viera en los ojos lo que estaba pensando, porque pareció reflexionar acerca de todo lo que habíamos dicho y se limitó a comunicarme que, cuando enviara los informes a mi madre, mi comportamiento a bordo del *Mooldera* causaría consternación en un hogar de Edimburgo. Le respondí que, hablando así, parecía una maestra de escuela. Después de eso, cada una se metió en su litera y corrimos las cortinas. La señora Carswell no empezó a roncar inmediatamente después de los ruidos que hace mientras se desviste, así que supuse que la rabia le impedía dormir, igual que a mí.

Por la mañana me sentía incómoda después de mi discusión con la señora Carswell y me preocupaba que, de verdad, escribiera a mi madre. No quiero que lo haga, porque a mi madre le resultaría muy doloroso leer que soy una joven ligera de cascos. Mamá también es muy recatada, aunque no tan estricta como la señora C., para quien hasta respirar es un pecado. Me pregunto qué pensaría de sus propios ronquidos si supiera que ronca. Puede que el señor Carswell no se haya atrevido jamás a decírselo.

Me he levantado y me he aseado. Las cortinas de la litera inferior seguían cerradas, pero yo tenía la sensación de que la señora Carswell me observaba desde el otro lado. Bien, si así fuera, ya habría descubierto lo de mis corsés. Aun así, no podría decir nada, porque, si lo hiciera, yo sabría que me había estado espionando. Más o menos como cuando alguien te espía durante las oraciones para ver si cierras los ojos: si sabe que no, significa que esa persona tampoco los ha cerrado, así que no puede decir nada. Yo solo los cierro cuando estoy rezando de verdad, no durante las oraciones del pastor. En nuestra iglesia, algunas personas cerraban los ojos durante la bendición

del rey Eduardo y el resto de los miembros de la familia real, pero después los abrían.

Desde cubierta, antes de bajar a desayunar, he visto la isla de Ceilán, pero la verdad es que no me ha interesado especialmente. Ya en la mesa, no le he dirigido ni una sola palabra al juez de Malaca y creo que él sabe por qué. He desayunado abundantemente, pues estos días tengo mucha hambre. Las gachas estaban llenas de grumos, pero el beicon y los huevos me han parecido excelentes. En el barco, además, preparan unos deliciosos bollos crujientes que sirven recién hechos. Me he comido tres. La señora C. ha entrado antes de que yo terminara y todos nos hemos dado muy amablemente los buenos días. Después he subido a cubierta y me he sentado en mi tumbona, al otro lado de la isla de Ceilán. La señora C. se me ha acercado y ha dicho que, en su opinión, las dos nos precipitamos un poco anoche y yo le he respondido que es cierto. Durante un segundo he pensado que se iba a inclinar para besarme, pero no lo ha hecho, quizá porque, con la figura que tiene, le cueste agacharse. En fin, ha sido una especie de reconciliación y he decidido hacer lo que a ella le apetezca en Colombo, pese a que el señor Davies me ha aconsejado que visite un lugar llamado Monte Lavinia, situado en la costa. No ha sido una invitación formal, seguramente porque sabe que la señora C. tendría que acompañarnos en el tren, carruaje o lo que sea.

Barco de vapor *Mooldera*
18 de enero de 1903

Bueno, pues ya hemos visto todo lo que teníamos que ver del «arrecife de coral de la India», como dice el himno misionero. Aunque a lo mejor Ceilán no pertenece a la India. Nunca

se me ha dado demasiado bien la geografía, pero cada vez me interesa más. Me he acostumbrado a llevar este cuaderno en mi costurero y anoto en él mis pensamientos mientras finjo que escribo cartas. Intenté escribirle una carta a Margaret Blair de Aviemore, pero me apetecía más tomar notas en este cuaderno, así que me conformé con escribirle una postal en la que aparecía el puerto de Ceilán. Que es lo único que he visto. Bajé a tierra firme con la señora C. y tuvimos que esperar el carruaje de unos amigos suyos en una especie de caluroso cobertizo con techo de hojalata. Cuando llegó el carruaje, resultó ser una vieja calesa de cuatro ruedas con una capota negra que olía muy mal. Supongo que servía para protegernos del sol, aunque nosotras llevábamos nuestras sombrillas. El caballo era un saco de huesos. Recorrimos calles de edificios blancos repletas de personas de piel oscura que vestían una gran variedad de prendas, bonitas, sí, pero demasiado sencillas para mi gusto: las mujeres lucían túnicas como las de las estatuas griegas de los museos, aunque iban más tapadas, claro. Después llegamos a una zona ajardinada en la que abundaban las plantas, pero no los colores. Por lo que yo vi, casi todas las plantas parecían lirios. Luego el caballo empezó a subir una empinada avenida flanqueada de palmeras: me recordaron a la parte superior de las piñas que a veces se ven en esa frutería tan cara de Princes Street.

Los amigos de la señora C. nos esperaban en los escalones de un bungalow blanco que tenía porches enormes y amueblados como si fueran habitaciones. Se apellidaban Johnson. El señor Johnson no era muy hablador, pero su esposa sí: hablaba sin descanso, sobre todo con la señora C. No demostró mucho interés por mí, excepto para preguntarle a la señora C. con quién me iba a casar. Cuando se lo dijo, pareció muy sorprendida y se me quedó mirando con un gesto que me pa-

reció bastante maleducado. La comida se alargó mucho. Cada vez que necesitábamos algo, la señora Johnson, en lugar de tocar una campanilla, daba un par de palmadas y enseguida acudía un sirviente. Creo que en aquella casa tenían muchos sirvientes, pues vi a tres hombres trabajando en el jardín. Me pregunté si yo también daré palmadas cuando necesite algo y desee que alguien me lo traiga enseguida. La idea me resulta bastante extraña. En casa solo disponemos de la cocinera y de Jessie, aunque en el sur de Edimburgo son muchas las familias que cuentan con un gran número de sirvientes. Una amiga de mamá tiene un paje que lleva uniforme y se encarga de recibir a las damas durante las veladas de los jueves. En realidad, el paje es el ayudante del jardinero. Tomamos el té en casa de los Johnson y luego regresamos al muelle a tiempo para coger el último bote que se dirigía al *Mooldera*. Y eso fue todo lo que vi de Colombo. El señor Davies no había ido solo a Monte Lavinia: nos estaba esperando en lo alto de la rampa de embarque.

Barco de vapor *Mooldera*

19 de enero de 1903

Hemos tenido problemas gravísimos. El postre de anoche estaba riquísimo, pues el barco se había aprovisionado de fruta fresca y tuvimos que probar cosas muy extrañas, aunque la mayoría de ellas me parecieron insípidas. Los camareros nos trajeron, por primera vez durante este viaje, cuencos de agua para lavarnos los dedos, quizá porque creían que no había peligro de que se derramaran. Hasta la señora C. probó una de las frutas, pese a que, al verlas, había dicho que podían ser letales para un estómago occidental. En Hong Kong no prueba ningún alimento crudo procedente de China, solo verduras que

haya que cocinar. Estaba hablando de los problemas con los sirvientes cuando el juez de Malaca se inclinó de repente sobre la mesa para comunicarme que esa noche se había organizado un concierto en la sala de fumadores de los caballeros y que la señora Price había accedido a cantar, pero que no había nadie que pudiera acompañarla al piano. Me preguntó si yo estaba dispuesta. Antes de que yo pudiera responder, la señora C. habló por mí: «La señorita Mackenzie jamás ha pisado la sala de fumadores desde que zarpamos de los muelles de Tilbury y no tiene intención de hacerlo». El juez seguía mirándome como si ni siquiera hubiera escuchado a la señora C. Respiré hondo y luego acepté acompañar al piano a la señora Price, si es que tenía las partituras de las canciones que iba a interpretar. El juez me dio las gracias, sin molestarse en mirar a la señora C., y luego me informó de que asistiría un público bastante numeroso porque la invitación se había hecho extensiva a los pasajeros de segunda clase. Al escuchar esas palabras, la señora C. dejó su servilleta, se puso en pie y, sin dirigirnos siquiera la mirada, abandonó el comedor. La idea de que los pasajeros de segunda clase asistan al concierto me pone un poco nerviosa. Tenía entendido que solo se les permite subir a nuestra cubierta para el Culto Divino, al cual solo asisten tres o cuatro de ellos. Se trata de un culto de la Iglesia de Inglaterra que el primer oficial lee de un libro. Dicen que el capitán no cree en Dios. Las respuestas de la congregación son bastante pobres y los cánticos, lamentables. Por lo general, yo no participo porque las ceremonias de la Iglesia anglicana me resultan desconocidas, aunque supongo que tendré que acostumbrarme cuando me case con Richard. Después del culto se sirve caldo de carne en cubierta si el mar está en calma, o en el salón si hay oleaje.

Mientras subía la escalera del comedor decidí que, si tenía que acompañar a la señora Price delante de tanta gente, no

podía hacerlo con mi vestido marrón, sino que me pondría mi traje de organza con estampado de lunares, para el cual uso unas enaguas especiales. La señora C. siempre va un rato al salón de las damas después de cenar y antes de irse a la cama, a las nueve y media en punto, pero anoche la encontré en el camarote, sentada muy erguida en el sofá. En cuanto entré, exclamó: «Mary Mackenzie, ¿te consideras una verdadera cristiana?». Me quedé perpleja. Ni siquiera nuestro pastor me había preguntado tal cosa cuando me aceptaron en la iglesia de South Morningside tras el bautismo. Siguió hablando, sobre todo acerca de su tarea como carabina: para ella es un deber sagrado que ha contraído con mi madre, cuyos deseos, en lo que a mí respecta, conoce muy bien la señora C. A juzgar por lo que dijo y por cómo lo dijo, la sala de fumadores para caballeros era un lugar especialmente perverso, pero la verdad es que he echado algún que otro vistazo a través de las puertas de cristal y solo he visto hombres leyendo con un puro en la boca, o jugando a las cartas o al ajedrez. Cuando hablé, me sorprendió un poco mi propio tono de voz. Le pregunté a la señora C. si sería tan amable de subir al salón, como todas las noches, porque debía vestirme para el concierto y necesitaba disponer del camarote. Durante un segundo, pensé que me diría que no, pero finalmente se puso en pie, cruzó la cortina y salió al pasillo. Regresó instantes más tarde solo para advertirme lo siguiente: «Puede que te interese saber que dispongo, en caso de desearlo, de los medios necesarios para enviarle un mensaje a tu futuro esposo». Cuando por fin se marchó, yo temblaba tanto que tuve que sentarme.

A las nueve menos cuarto, todavía disgustada, subí la escalera hacia la cubierta principal y, aunque tuve la sensación de que la señora C. me observaba desde el salón, no me molesté en echar un vistazo para comprobarlo. Las puertas de la

sala de fumadores estaban abiertas de par en par y las sillas colocadas en hileras, como cuando se oficia el Culto Divino. El piano resplandecía bajo la luz. Algunas de las sillas ya estaban ocupadas y había mesillas auxiliares para dejar los vasos. Dos camareros ya habían empezado a servir bebidas alcohólicas. El juez, que se encargaba de organizar la velada, se me acercó enseguida y llamó a la señora Price para que nos acompañara. La señora Price llevaba un vestido de seda verde que yo no le había visto antes: era bastante sencillo, pero combinaba muy bien con su intenso color de pelo. No es exactamente cobrizo, pero sí tiene algunos reflejos de color anaranjado. Por algún motivo, mi vestido de organza no me convencía demasiado y pensé que resultaba demasiado recargado con tantos volantes. El tono malva con los lunares blancos, además, no terminaba de quedar bien. Me notaba las mejillas arrojadas, por lo que no pude evitar pensar que no debía de tener el mejor aspecto del mundo. Por lo general, tengo la piel blanca como el marfil y no suelo sonrojarme.

El juez me presentó a la señora Price, con la que yo hasta entonces no había hablado, quien me sonrió amablemente mientras intercambiábamos cortesías. Después me entregó la partitura de las canciones que iba a interpretar. La primera era *Pale Hands I Loved Beside the Shalimar*, cosa que me sorprendió porque siempre la he escuchado interpretada por hombres. En una velada musical a la que asistí en Edimburgo, por otro lado, algunas de las damas presentes dijeron que la letra era desagradablemente sugerente. La otra canción era *Londonderry Air*, con la letra de *Danny Boy*, y el bis, *Where the Mountains of Mourne...*, cosa que me hizo pensar que la señora Price tal vez tuviera ascendencia irlandesa.

El juez nos acompañó a nuestros asientos, que no estaban junto a los demás, sino formando un ángulo de modo que el

público pudiera vernos incluso mientras no actuábamos, cosa que no me gustó. Me sorprendió ver que otro de los intérpretes de la velada era el primer oficial que normalmente lee el Culto Divino, un hombre de aspecto solemne que, en el comedor, se sienta a la cabecera de una mesa bastante alegre. También estaba el médico del barco, que se sentó al lado de la señora Price. Esa fue la primera vez que hablamos. Me preguntó si iba a cantar y le respondí que yo solo acompañaba al piano. Me contó que a él le habían impuesto la penitencia de contar unos cuantos chistes y que tiene un repertorio bastante limitado: no le hace falta aumentarlo porque el público cambia en cada viaje. Es un hombre tirando a pelirrojo, de ojos verdes, que parece más joven cuando sonrío. Además, no lleva bigote, lo cual es bueno porque no me gustan los bigotes pelirrojos. Creo que me sentiría muy incómoda si tuviera que recurrir a sus servicios como médico, porque su mirada es muy atrevida. Se llama doctor Waterford. Puede que la señora C. tenga razón cuando dice que el doctor oculta algo de su pasado, pero, si eso es cierto, no parece que a él le preocupe mucho.

Mientras yo hablaba con el doctor, entró en el salón la mujer de segunda clase que tiene dos niñas. Llevaba un vestido blanco bastante bonito y el pelo muy bien peinado, aunque con un estilo sencillo. Se quedó junto a la puerta, casi más asustada que yo, y de no haber sido porque tenía que actuar creo que habría ido a recibirla. Por suerte, el juez se volvió y, al verla, fue a darle la bienvenida con sus exquisitos modales de caballero anciano. Cuando quiere, el juez puede resultar muy cordial; pero, en mi opinión, se equivoca al tratar de provocarme en lo que respecta a la señora C., que creo que es precisamente lo que está haciendo. ¿Por qué? Mientras el doctor acompañaba a su asiento a la mujer de segunda clase, vi a la esposa del cónsul de Shantou observándola fijamente. Por una

vez, estoy de acuerdo con la señora C. La esposa del cónsul no me interesa. Llevaba otro vestido nuevo de seda de *shantung*, de color crema, con el escote pronunciado y un cuello de encaje tan rígido que le rodeaba la garganta como en esos retratos de la reina Isabel. Tuve la sensación de que el objetivo de ese cuello era destacar su rostro, que es bastante adusto y desde luego nada joven. Diría que se maquilla. A lo mejor incluso fuma en privado. La señora C. dice que en estos tiempos de moral relajada algunas mujeres fuman, aunque puede que solo sea otra de sus exageraciones.

Tal vez porque yo la estaba mirando, la dama de Shantou me devolvió la mirada, aunque la suya era mucho más penetrante. De repente, me di cuenta de que tendría que haberme puesto el corsé debajo del vestido de organza y también de que la esposa del cónsul sospechaba que no lo llevaba. Probablemente estaba esperando a que yo me acercara al piano para cerciorarse; e incluso estuviera dispuesta a contárselo a las personas que la rodeaban, todos hombres. Quise salir corriendo de la sala de fumadores y bajar a mi camarote, pues me sentía muy acalorada. Notaba que me estaba sonrojando otra vez, lo cual debía de darme un aspecto espantoso. Me pregunté si podía huir con la excusa de que me sentía débil y necesitaba subir a cubierta, pero descarté la idea porque significaba huir de algo que había dicho que iba a hacer. Tuve la sensación de que todas las personas que ocupaban los asientos nos observaban y, a juzgar por el calor que notaba en las mejillas, supe que estaba roja como un tomate. Entonces, el doctor Waterford se inclinó hacia mí y me dijo: «Parece que nadie se acuerda de traer un refrigerio a los artistas. Necesito un poco de coraje holandés. ¿Le apetece a usted una limonada, señorita Mackenzie?».

Aunque estaba segura de que solo me lo decía porque yo parecía a punto de arder, me pareció muy considerado por su

parte y se lo agradecí. El doctor se dirigió a la barra en lugar de llamar a uno de los camareros de Goa y, durante su ausencia, el juez anunció el primer número, que era la interpretación conjunta de una canción que, según él, todos conocíamos y que había hecho famosa la mismísima Marie Lloyd. No conocía la canción. He oído hablar de la señorita Lloyd, desde luego, pero mamá desaprueba los *music halls*, así que nunca la he visto actuar. Solo he estado tres veces en el teatro: una para ver una obra de Shakespeare, *La tempestad*, y dos para asistir a óperas de Gilbert y Sullivan. El juez guio la interpretación con una voz de barítono que, en su juventud, debió de ser muy buena. El coro lo formaban fundamentalmente los hombres del público: la verdad es que no oí ninguna voz femenina, aunque la esposa del cónsul de Shantou seguía el compás con su abanico de marfil. Imagino que la señora C., si es que estaba escuchando, se indignaría con la letra, que decía algo así como que un poquito de lo que nos gusta no hace ningún daño.

Los hombres seguían cantando el estribillo a voz en cuello, cuando el doctor Waterford volvió con el refresco. Me pareció que la limonada tenía un sabor bastante raro, no tan dulce como yo esperaba, pero de todas formas se la agradecí y después de unos pocos sorbos empecé a sentirme mejor. El doctor parecía estar disfrutando de su coraje holandés; había permanecido en la barra el tiempo suficiente como para haber tomado otra copa, además de la que tenía en la mano. Me fijé en que la dama de Shantou también estaba bebiendo algo que parecía *whisky*. Me di cuenta en ese momento de que la señora C. tenía razón en una cosa: a mamá no le habría gustado que yo acudiera a un concierto en el que se bebía alcohol y, menos aún, que actuara en él. Algunos de los hombres, y no precisamente los que viajaban en segunda clase, ya habían empezado a contar chistes en un rincón, en voz tan alta que el juez

se vio obligado a pedir silencio antes de anunciar el siguiente número: el primer oficial iba a recitar *La carga de la Brigada Ligera*, de lord Tennyson. No me interesaba mucho. Mientras el primer oficial recitaba, yo no hacía más que pensar que odiaba mi vestido de organza y que jamás volvería a ponérmelo.

El siguiente intérprete era un hombre de unos cuarenta y tantos años al que he visto jugar al tejo en cubierta, aunque nunca he hablado con él. El juez me dijo que era un ingeniero de minas de estaño en no sé qué parte de la Malasia británica: antes de cantar –sin acompañamiento–, el hombre explicó que lleva una vida muy solitaria y que se entretiene buscando canciones nativas. Añadió que la que se disponía a interpretar la había aprendido de sus culis chinos. Era una cancioncilla bastante rara, si es que se podía llamar cancioncilla. Interpretada en su idioma nativo, me resultó ininteligible, pero me gustó bastante, tanto que aplaudí con entusiasmo para pedir un bis. El hombre debió de oírme, pues me miró, sonrió y accedió a cantar un tema malayo, en esta ocasión sobre un enamorado que llora la pérdida de su fiel amada. Tuve la sensación de que me miraba con bastante insistencia mientras cantaba, cosa que me hizo sentir incómoda. Varios de los hombres, que seguramente entendían el idioma malayo, se reían de la letra de la canción, como si les pareciera sugerente. La canción malaya no me gustó en absoluto. Además, me estaba empezando a poner otra vez muy nerviosa porque pronto nos tocaría a la señora Price y a mí, así que no presté mucha atención a la interpretación del doctor Waterford. Era un extracto de *Los papeles del Club Pickwick*, de Charles Dickens: lo recitó con un acento de clase baja, diciendo «haiga» en lugar de «haya» y cosas así, por lo que en algunos momentos me costó entenderlo. Durante la lectura, me terminé bastante deprisa el vaso de limonada y, si bien no me refrescó, la verdad es que ya no me sentía tan nerviosa.

Aunque tendría que haber estado preparada, me sorprendió oír decir al juez que a continuación la señorita Price cantaría acompañada al piano por la señorita Mackenzie. Al ponerme en pie me di cuenta de que ni siquiera le había echado un vistazo a la partitura y de que tampoco había escuchado el piano en toda la velada. Tal vez ni siquiera funcionaran las teclas. Cuando me senté, el taburete estaba tan bajo que llegar al teclado era como encaramarse a un estante. El público se empezó a reír al verlo, por lo que tuve que ponerme de nuevo en pie y girar el taburete hasta subirlo al máximo. Y luego no pude echarlo hacia atrás porque, como todo en este barco, está atornillado al suelo para que no se mueva. Por la forma en que la señorita Price me estaba mirando, era evidente que no le gustaba escuchar las risas del público antes de comenzar a cantar.

Toqué los compases de introducción, pero lo cierto es que el piano sonaba como un organillo italiano. Iba demasiado rápido y a la señorita Price le gusta tomarse su tiempo. Su voz sonaba como si alguien estuviera agitando una bolsa llena de piedrecitas en las cuerdas vocales de su garganta, por lo que nadie entendió ni una palabra de lo que cantaba. Se me soltó uno de los corchetes en la espalda del vestido. Notaba el hueco, pero seguí tocando mientras me preguntaba cuántos más se soltarían. Supongo que la dama de Shantou se preguntaba lo mismo. Y tal vez algunos de los hombres. Me convencí de que todo el mundo estaba pendiente de los ganchos y las presillas, y no de la señorita Price.

La canción india de la señorita Finden era bastante lenta, pero *Danny Boy* era más lento que una tortuga. Pensé que no se acabaría nunca. Tuve la sensación de que tendría que haberme dedicado a tocar el piano muy despacio, con una manivela, en lugar de intentar arrancar algún sonido a las teclas. Lo peor ocurrió justo entonces: cuando aún quedaban dos estrofas de

Danny Boy, de repente me empecé a sentir mareada. Durante un segundo pensé que era el movimiento del barco, pero enseguida supe que no se trataba de eso, porque la sala de fumadores daba vueltas a mi alrededor. Apenas podía leer la partitura y, de haberme encontrado con alguna nota nueva, no habría sido capaz de terminar la pieza. Lo conseguí a duras penas. Y entonces, mientras el público aplaudía y pedía un bis, supe que iba a vomitar de un momento a otro. Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta en mitad de los rostros de los presentes. Me tambaleaba. Nunca en mi vida he caminado de aquella manera, como si estuviera pisando nubes de algodón y no la moqueta del suelo. Tenía la mirada clavada en las puertas. Conseguí salir al pasillo y llegar a cubierta, pero la barandilla estaba demasiado lejos. Tuve que detenerme y doblar el cuerpo.

Del salón salió una mujer que, sin duda, no había asistido al concierto. No le vi la cara, pero sí pude oír lo que dijo: «¿Has estado bebiendo ahí dentro? ¿Una joven de tu edad? ¡Qué vergüenza!».

Escribo todo esto tendida en mi litera, justo encima de la señora C., quizá con la idea de que anotar lo ocurrido y enfrentarme a ello tal vez me permita olvidarlo. Pero, en realidad, estoy pendiente de escuchar ruido de pasos en cubierta, justo encima de mi cabeza, porque eso significa que el concierto ha terminado y que los asistentes han salido a dar un último paseo. Los marineros asiáticos no limpiarán la cubierta hasta que amanezca. ¿Cómo voy a enfrentarme mañana al resto de los pasajeros?

No sé a qué hora ha regresado la señora C. a la cabina, pues las cortinas estaban corridas cuando he llegado. Durante mucho rato no he escuchado ningún ruido procedente de su litera, pero ahora oigo algo que no se parece a sus habituales ronquidos. Será mejor que apague la luz.